



## COFRADES Y DEVOTOS DE LA SOLEDAD EN EL S. XVIII UNA APROXIMACIÓN SOCIOLÓGICA

La creación de las instituciones, su devenir histórico y desde luego su supervivencia en medio de las dificultades, está íntimamente ligada a la personalidad de los hombres y mujeres que la integran a lo largo del tiempo, a sus afanes, situación económica y familiar, formación intelectual, devociones particulares y otros variados factores que conforman la vida de los seres humanos. Es por ello que en este artículo hemos querido aproximarnos a la personalidad de algunos de los hermanos y hermanas que desde su fundación en 1712 y durante las décadas siguientes, formaron parte de la Hermandad de Jesús Nazareno y Ntra Sra de los Dolores en su Soledad de esta villa de Olivares, basándonos para ello en diversos documentos de aquellos años, especialmente en los testamentos otorgados por estas personas, que cuando veían próximo el momento de partir de este mundo al encuentro con el Señor, recordaban y hacían públicas las que habían sido sus más acendradas devociones.

Sabemos por ejemplo que el primer hermano mayor que tuvo la cofradía, el canónigo D. Agustín Alcalde, desempeñó durante casi treinta años el importante cargo de Tesorero de la Colegiata, así como que era dueño de varias propiedades agrícolas, como las tres aranzadas de viña que compró en 1731, situadas en el heredamiento de Gelillo, en término de Salteras, que pertenecía al Cabildo de la Catedral de Sevilla; era también muy devoto de San Antonio, para cuyo altar regaló una lámpara de plata, y falleció hacia 1757. De los otros hermanos fundadores, conocemos que Benito García Maldonado era “familiar del Santo Oficio”, algo así como delegado en Olivares del Tribunal de la Inquisición, cargo que solían ocupar los personajes más distinguidos de cada pueblo; por su parte, otro de los oficiales de la primera junta, llamado Pedro González Perejón, que falleció en 1729, dejó dispuesto en su testamento que a cargo de sus bienes se dijese varias misas a Ntra Sra de la Soledad.

Uno de los mayores bienhechores que tuvo la hermandad en los primeros años fue un vecino de Olivares llamado Domingo García de Guzmán, un señor acaudalado que ejercía en el pueblo una curiosa actividad financiera, como lo atestiguan numerosos documentos notariales de otros tantos olivareños que se declaraban deudores por diversas cantidades que este hombre les había prestado. Pues bien, a su muerte en 1737, el albacea de sus bienes, que no era otro que el canónigo y también fundador de la cofradía don Miguel Francisco Dontello, se encargó de efectuar el pago de dos mil setenta reales que había importado un manto de terciopelo negro que don Domingo había regalado a la Virgen de la Soledad; este manto fue realizado por José Azpilicueta, maestro de sastrería vecino de Olivares, y en él empleó treinta y tres varas de terciopelo (unos veintiocho metros), al precio de cincuenta y cuatro reales cada una, más otros tantos metros de tafetán negro para el forro interior, mientras que por la hechura de la pieza el sastrero cobró cincuenta reales. Otros muchos vecinos de la villa fallecidos en esos años treinta del Siglo XVIII dispusieron en sus testamentos la celebración de misas cantadas y rezadas en el altar de Ntra Sra de la Soledad, por las que pagaba en el primer caso dos reales de limosna, y así pueden citarse por ejemplo a los devotos Juan Perejón, Tomasa Rodríguez Cotán o Francisco Hernández Villadiego. Y es que la Virgen de la Soledad se convirtió en una de las devociones más importantes del pueblo desde el mismo año en que la Sagrada Imagen fue entronizada en la colegiata (ya en 1719 se encargaban misas en su capilla), como lo fueron también la Virgen del Rosario, San José, el Cristo de la Salud y San Sebastián.

